

CAPITULO II

RELIGION Y MORAL DEL JUDAISMO ANTES DE LA ÉPOCA GRIEGA

I. Dios y su gobierno del mundo.

1. La idea de Dios

La idea de Dios no era en la época que nos ocupa una idea unitaria bien precisada en el pueblo judío; era una transformación de la idea antigua israelita, a la cual habían contribuido los factores que hemos señalado en el curso de esta historia, factores que no influyeron en todas partes y en todo tiempo con igual fuerza, ni suspendieron sus efectos, sino que continuaron produciéndolos en la época de que tratamos. En ella se perfeccionó la idea de Dios en la conciencia de la comunidad, progresando en el sentido de los profetas. Por esto y por la diversidad de las inteligencias individuales, la idea de Dios tal como se desprende de la literatura de esta época no presenta una completa unidad. El pensamiento teológico de la escuela se representa al ser divino de otra manera que la creencia del individuo laico, y en cada una de ambas maneras de representarse á Dios lo mismo que entre una y otra debió de haber muchas gradaciones.

Bajo otro concepto, sin embargo, la idea de Dios en la época que estudiamos tiene un carácter enteramente unitario, comparada con la idea de Dios de los antiguos israelitas. De esta última idea se distingue la de la época que precedió á la irrupción de Alejandro Magno por dos señales. La primera es que Jehova, el Dios salvador de Israel, es al mismo tiempo Dios del universo; es decir, que se le considera como creador, sostenedor y director del mundo, y como Dios único fuera del cual no hay otro ser alguno que merezca ser llamado Dios y venerado como tal. Por manera que en aquella época, mas moderna, se creía que Jehova cuidaba del bien de la comunidad judía, pero ya con los medios de Dios del universo, de Dios omnisciente y omnipotente. La idea de Jehova como Dios nacional y del país iba desvaneciéndose y desapareciendo; verdad es que el culto, el templo y las ideas de la Tierra Santa atestiguaban todavía la presencia de un Dios nacional y patrio, pero sin fuerza para detener la gradual desaparición de esta idea de Dios. La segunda señal de que hablamos es que en aquella época, mas moderna, se comprendió á Jehova como Dios justo, siendo ya dogma de la fe religiosa que todo lo que hace Dios es siempre justo. Este concepto caracteriza la altura á que había llegado el sentimiento religioso y al mismo tiempo señala la distancia que le separaba de la religión israelita anterior á la época de los Profetas. Es decir, que Jehova se ha transformado en Dios universal, pero sigue siendo también el Dios particular de Israel.

A las ideas de Dios del Deutero-Isaías y del Código sacerdotal, se unió en el tiempo de que tratamos y en la mente de los teólogos de la escuela una manera mas científica de pensar, que tendía á separar á Dios del mundo; á figurarsele como superior al mundo y existente fuera del mundo; como una entidad intelectual, libre, independiente y separada del mundo. En la imaginación y creencia de la masa general continuaron sin embargo las antiguas ideas de que Jehova intervenía en el curso de los sucesos á favor de sus devotos, si bien al propio tiempo se observa una repugnancia decidida á bajar á Jehova á la dirección práctica del mundo. Jehova continuaba también siendo para la comunidad el Dios del cielo (1). Por esto se observan claramente en las relaciones del

(1) 2. Crón., 36, 23; Esdras, 1, 2; 5, 11 ff.; 6, 9 f.; 7, 12. 21. 23; Neh., 1, 4; 2, 4. 20.

Dios salvador de la comunidad los efectos de la nueva transformación de la idea de Dios. Por otra parte la idea nueva de Dios, mas propia del pensador científico, contiene en sí misma el concepto de que el creador y conservador del mundo ha entrado en relaciones históricas con la humanidad y observa con interés sus destinos y los del mundo. Este es el fundamento de la unidad superior de ambas ideas y caracteriza la superioridad de la idea de Dios de la comunidad judía sobre todas las demás religiones antiguas.

Al creer en un Dios todopoderoso los judíos de la época de que tratamos tuvieron presentes las maravillas de la creación y de la conservación del mundo; pero en primer lugar pensaban, como antes, que Dios dirigía el curso de los sucesos en provecho de sus devotos, y podía en favor de ellos hacer milagros. Por esto esperaban que de los destinos de la comunidad se había de desprender claramente que su Dios era señor del cielo y de la tierra y que su poder se extendía sobre todos los reinos. Así fué que Esdras no quiso por vergüenza pedir á Artajerjes una escolta para su seguridad, toda vez que le había dicho que su Dios tenía extendida su mano protectora sobre sus devotos; pero como llevaba consigo grandes cantidades de dinero y objetos preciosos, temió perderlas, se humilló ante Dios con sus compañeros de viaje haciendo un día de ayuno, y suplicó á Jehova que le concediera su protección particular.

En semejantes ocasiones, sucedía con frecuencia por desgracia que la fe no correspondía á la realidad; y aunque el individuo en su vida particular y la comunidad en la suya reconocían á menudo la mano protectora de Dios, no por esto la situación general dejaba de contradecir á la fe, porque Israel continuaba bajo el poder pagano. Este desengaño perdió gran parte de su fuerza y amargura con la creencia de que todo lo que se echaba de menos en lo presente lo había poseído en el tiempo pasado el pueblo de Israel, según la afirmación de la ley de Moisés, en cuyo arreglo se decía al creyente que el antiguo pueblo de Israel había poseído los bienes prometidos al cumplidor de la ley. Con esto la conciencia religiosa quedaba tranquila y esto explica el papel que las alabanzas de los grandes hechos de Jehova, según la poesía sagrada, desempeñan en la historia de los antiguos israelitas, la cual sirvió para robustecer la fe en la comunidad. La descripción histórica de las Crónicas asegura igualmente que los hechos de los antiguos israelitas ocurrieron bajo la protección, dirección é intervención constante de Jehova; pues según este libro, Jehova intervino á favor de su pueblo contra todos sus enemigos, mientras el pueblo observó y cumplió su ley. Esta es otra creencia que ya hemos encontrado en la obra histórica deuteromística y en el Código sacerdotal en sus aplicaciones á la práctica de la vida religiosa. Con esto queda explicada la manera optimista con que presentan las Crónicas la historia de Judá.

La transfiguración que en el Código sacerdotal recibe la época del establecimiento de la religión en el siglo que precedió á Alejandro Magno, trascendió también al tiempo de la monarquía de Judá. De aquel pequeño reino que no resistió el menor empuje cuando se vió envuelto en los sucesos de la historia, y que solo prosperó cuando los demás pueblos no le hicieron caso ó cuando á lo menos tuvo contiendas con otros pueblos pequeños, el Código sacerdotal hace un imperio poderoso y vencedor, con ejércitos que por su número habrían sido suficientes para conquistar todo el mundo antiguo; un imperio que con el auxilio de Dios alcanzó las victorias mas fabulosas sobre innumerables enemigos. En lugar de la indigencia é impotencia del antiguo reino de Judá, el Código sacerdotal presenta un cuadro deslumbrador de magnificencias y de riquezas. De la inmoralidad del pue-

blo y de los gobernantes que le oprimían, según los sermones de los profetas, apenas hace el Código una leve mención. En fin, por la Crónica no hay medio de formar idea del estado verdadero del antiguo pueblo en tiempo de sus reyes. Habla en verdad de los pecados de los reyes y de los funcionarios, pero los atribuye á los períodos en que no se observaba el culto ó se rendía un culto incorrecto. Estos pecados constituyen en la citada relación leves sombras que hacen resaltar mas los colores brillantes con que el cronista pinta el tiempo pasado. Según él la monarquía antigua de Judá ha poseído en abundancia todos los bienes terrenales y espirituales que la comunidad en la época de que hablamos procura recuperar á fuerza de oraciones y cumpliendo minuciosamente los preceptos de la ley.

Las ideas del mundo y de su marcha en aquella época son las que prestan su colorido á las de la omnipotencia de Dios, y esto explica por qué Jehova aparece principalmente como hacedor de milagros, siempre que los escritores se le figuran como Dios todopoderoso ó como el Dios de los antepasados. De esto volveremos á hablar al tratar de nuevo de las ideas que acerca del mundo y de la intervención de Jehova en el curso de los sucesos tenían los judíos de aquella época. Esto explica también el sentido de las expresiones en que se invoca á Dios, como: «¡Oh Jehova! ¡oh Dios de nuestros padres!» en la oración suplicatoria de auxilio de 2. Crón., 20, 6, y el empleo de esta expresión en la oración de gracias por los bienes concedidos á los antepasados, en Esdras, 7, 27.

Estrechamente enlazadas con las ideas de la omnipotencia de Dios están las de su omnisciencia. De ella habló ya el Deutero-Isaías en el concepto de ser una condición de la omnipotencia divina en cuanto se refiere á la creación, conservación y gobierno del mundo, y á la dirección de los destinos del pueblo. Ambas ideas, la de omnipotencia y la de omnisciencia, fueron enlazadas con el judaísmo de la manera especial que sabemos, por el Deutero-Isaías. En el período siguiente, ó sea en la época griega, la meditación sobre la omnisciencia de Jehova manifestada en la creación y conservación del mundo, condujo á especulaciones que no se enlazan sino débilmente con el concepto religioso de la omnisciencia de Dios, por cuya razón estas especulaciones jamás llegaron á ser aceptadas en general por la comunidad judía; mas en la época de que ahora hablamos, al tratarse de la omnisciencia de Dios se pensó solamente en su aplicación á los fines religiosos y morales de Jehova. Así es que vemos en Zacarías, cap. 4, 10, que Dios todopoderoso puede tomar toda la comunidad bajo su protección «porque sus ojos recorren toda la tierra.» Para Dios todopoderoso no hay obstáculo ni peligro, porque todos los vence con la vista. También debemos suponer que en esta misma época existía ya la idea, tan general en la época siguiente, de que la omnisciencia de Dios veía en el alma del hombre, idea que se encuentra ya en los profetas.

Hemos hecho notar al principio de esta parte que la transformación de la idea de Dios fué origen de un gran robustecimiento de la fe, por lo cual nos dispensamos de hablar aquí de este particular. Es evidente que la convicción de la omnisciencia de Dios, que ve en lo mas recóndito del corazón humano, había de tener efectos trascendentales en la vida moral de la comunidad y en la perfección de la piedad ideal. En esto se observa la grandísima distancia que separa el judaísmo de esta época del antiguo pueblo de Israel.

Sin embargo, á la sazón solo en parte habían penetrado en la conciencia del pueblo las ideas del Deutero-Isaías sobre la unidad divina de Jehova y sobre la nulidad de los dioses paganos. Lo que estaba en la conciencia de toda la comunidad era que Jehova no admitía comparación con ningún otro

Dios; pero no se habían borrado enteramente las ideas antiguas acerca de la existencia de dioses extranjeros. La admisión de su no existencia no pasaba de ser un postulado de la fe, al cual parecía contradecir la realidad, y además le contradecía el hábito. A la idea religiosa bastaba la convicción de que aquellos dioses no eran iguales á Jehova, con lo cual quedaba asegurado el concepto de que no había otra ayuda mas que Jehova, único Dios que auxiliaba y de consiguiente el único Dios verdadero (1). Esta idea expresa el grado de fe religiosa, lo mismo que la frase de «Dios supremo» que se aplicaba á Jehova (2). Mas adelante exponremos la influencia que esta conservación de conceptos antiguos ha ejercido en el desenvolvimiento de la idea de los ángeles. La idea expresada por «Jehova y los Nadas» no quedó suprimida; se encuentra con frecuencia en los escritos posteriores, y siempre volvió á revivir cuando los judíos tuvieron ocasión de observar la adoración tributada á los ídolos; pero jamás obtuvo dominio exclusivo.

La segunda señal característica de la idea de Dios en la comunidad posterior al destierro fué el concepto de Jehova como Dios justo; en lo cual se demuestra en toda su fuerza el efecto de los sermones proféticos, porque este concepto es la base de la creencia en la recompensa y el castigo sobre la cual descansan toda la piedad judía y todo el influjo de la ley. Esto fué tal vez causa de que el pueblo concibiese una idea muy imperfecta de la justicia de Dios, creyendo que esta justicia correspondía exactamente á la conducta del individuo; que hacia prosperar al que era bueno; que hacia pecar á los malvados por sus pecados, ó como lo formula un salmo muy expresivamente, salmo quizás escrito posteriormente á aquella época (salmo 18, 26, etc.): «Limpio te mostrarás para con el limpio, y severo serás para el perverso.» Sin embargo, al lado de este concepto figura como herencia del tiempo profético la idea de que Jehova es misericordioso, está dispuesto á perdonar al penitente y se muestra guardador fiel y amante de su pueblo (Joel, 2, 13. Neh., 9, 17. 31. Jon., 4, 2. 2. Crón., 30, 9). Esta idea indica constantemente que no se comprendía entonces la justicia de Dios como inflexible; pero la fe y la moralidad cobran vigor en la convicción de que Dios ayuda al bueno y de que no escatima la recompensa al que cumple su ley. En esta convicción estriba la significación de la fe en la justicia de Dios.

Pueden observarse muy bien la existencia de ideas antiguas al lado de las nuevas y el desarrollo paulatino de estas en los varios conceptos de la santidad de Dios. La comunidad estaba perfectamente convencida de la majestad moral de Dios; sabía que la justicia divina era también una demostración de la santidad de Dios, y cuando llamaba santo á Dios pensaba que Dios ama el bien y odia el mal, que mira con placer á los piadosos y puros, y su ira se inflama al ver á los pecadores. Sin embargo, la influencia del culto basado en la idea de la santidad física de Jehova, resucitó otro antiguo concepto que ocupó en la imaginación del pueblo el primer término. Así en la época de que tratamos la conciencia general dedujo de la fe en la santidad de Jehova el deber del pueblo de Israel de conservar también su santidad material, se-

(1) Exodo 15, 11. «¿Quién como tú, Jehova, entre los dioses?» Salmo 77, 14. «¿Quién es un Dios grande como Elohim?» Salmo, 86, 8. «¡Oh, Señor! Ninguno hay como tú entre los dioses.» Y otras expresiones en los Salmos (71, 19. 89, 7. 9, 95, 3. 96, 4. 97, 9).

(2) *el 'eljón*, Salmo 78, 35; Génesis, 14, 18, retrotraído al tiempo primitivo. También va haciéndose frecuente la añadidura de *'eljón* á Jehova (ó bien á Elohim). Salmos, 7, 18. 57, 3. 78, 56. De la misma manera es llamado Dios simplemente «el Altísimo», lo que conviene á la poesía que necesita sinónimos, Núm. 24, 16. Salmos, 18, 14. 21, 8. 46, 5. 73, 11. 78, 17. 82, 5. 91, 1. 107, 11. De Isaías, 14, 14 se desprende que esta manera de pensar data del destierro.

mos visto en las *Crónicas*, que esta dirección de los destinos se había efectuado de una manera que jamás había existido en los tiempos antiguos. Algunos trozos más modernos de los libros de Samuel y de los Reyes presentan profetas que comunican á los reyes las órdenes de Dios (1. Reyes, 12, 21, etc.); mas en las *Crónicas* los profetas y á su lado los sacerdotes aparecen como los verdaderos directores de los destinos de Israel. Los reyes dependen de ellos y son solo los ejecutores de las órdenes de Dios transmitidas por los sacerdotes y profetas (2. Crón., cap. 16). En las *Crónicas* el profeta Semeías no solamente prohíbe al rey Roboam someter á Israel, como lo hace también en los Reyes (2. Crón., 11, 1, etc., y 1. Reyes, 12, 21, etc.), sino que le anuncia como castigo la sorpresa de Sisac, y luego al ver que se convierte, le rebaja por orden de Dios una parte de este castigo (2. Crón., 12, 5 y siguientes), de lo cual el Libro de los Reyes nada dice. Asa reforma el culto á consecuencia de un sermón del profeta Azarías que le profetiza la historia del pueblo de Dios hasta la fundación de la comunidad en términos nebulosos y conforme á los discursos de los profetas Oseas y Jeremías, que vivieron algunos siglos después (2. Crón., 15, 1 y siguientes). El mismo Asa recibe una reprimenda de Hanani porque ha llamado á su auxilio á los sirios (2. Crón., 16, 1 y siguientes). Igualmente Josafat es reconvenido por Jehú, hijo de Hanani, porque ha sido aliado de Acab (2. Crón., cap. 19, 2, etc.). El levita Jehaziel, sobre el cual ha venido el espíritu de Dios, anuncia al mismo rey que en su obsequio Dios derrotará á los amonitas, moabitas y edomitas aliados (2. Crón., cap. 20, 14). El profeta Eliazar vaticina que la expedición marítima emprendida por Josafat en unión con el rey hereje Ocozías, tendría un éxito desgraciado (2. Crón., 20, 37). El sacerdote Joiada dirige hasta en los menores detalles á Joas (1). Pero este rey ingrato, á la muerte de Joiada se emancipa de la dirección de Zacarías, hijo de Joiada, y le mata (2. Crón., 24, 2, etc.). Amazías recibe de un desconocido (2. Crón., 25, 7, etc.) instrucciones para la formación de un ejército, y de otro desconocido recibe aviso antes de emprender la lucha con Joacaz (versículos 16 y siguientes). Zacarías dirige á Ozías ó Azarías (2. Crón., 26, 5), y Obed consigue con un sermón que los samaritanos devuelvan el fabuloso botín de guerra que se habían llevado de Judá, y además den la libertad, comida y vestidos á los doscientos mil prisioneros de guerra que tenían (2. Crón., 28, 9 y siguientes).

Solo David, Salomon, Abías, Ezequías y Josías obran en las *Crónicas* sin ser dirigidos por sacerdotes, y hasta en la relación de los hechos de Ezequías está suprimida en las *Crónicas* la parte que tuvo el profeta Isafas en ellos, según la relación del Libro de los Reyes; pero esto sucede porque tales reyes tienen ya el carácter de santos como fundadores de un arreglo del culto; son reyes piadosos de los cuales se derivaban en el siglo de que tratamos los bienes espirituales de que gozaban las generaciones entonces existentes; por manera que á estos reyes se les podía dispensar de la dirección de profetas y de sacerdotes. Ahora bien: las *Crónicas* siguen la tendencia de la historia antigua de Israel al presentar á los profetas como directores de los reyes y del pueblo; pero por otro lado presentan al sumo sacerdote como el custodio del culto y de la ley en la comunidad, y cuanto más ensalzan á la clase sacerdotal, más gana en ello todavía el sumo sacerdote.

(1) La mala idea que da la relación de las disposiciones rituales de Joas de los sacerdotes de su tiempo en 2. Reyes, cap. 12 está suprimida en la reproducción de esta relación en las *Crónicas*, donde también se ha quitado todo lo que en los Reyes da á entender que los sacerdotes estaban bajo las órdenes del rey.

Por otra parte, en la época que nos ocupa ya no existían las antiguas ideas de la aparición de Dios, y hasta se puede decir que Dios ya no se aparecía; pues se le había elevado por encima de la naturaleza, en la cual no se le podía hacer volver á entrar; su grandeza se había presentado demasiado sobrenatural para que criatura alguna la pudiera mirar. No pudiéndose presentar á Dios bajo una forma que la vista material del hombre pudiese percibir, tampoco se le podía presentar como visión del alma en sueños: Dios ya no se aparecía ni en revelaciones de ensueños; pero no por esto se negaba que en ensueños se hubiese aparecido á los antepasados, y así lo refieren también las *Crónicas*. Por otra parte, dominaba en el tiempo de que hablamos la firme creencia de que la comunidad experimentaba en todo los efectos de la protección y dirección de Dios. La comunidad le comprendía como único Dios verdadero porque creía que ayudaba á los devotos en todos sus peligros y los salvaba de todas las desgracias. «La mano de nuestro Dios es para bien sobre todos los que le buscan; mas su fortaleza y su furor sobre todos los que le dejan» (Esdras, 8, 22); pero á Dios mismo ya no se le podía ver en este mundo, porque lo impedía la transformación de la idea de Dios. Vivía, sin embargo, como herencia de lo pasado en la fe del pueblo judío, la convicción de que los seres sobrenaturales intervenían de mil maneras en las cosas de este mundo. Estos seres que habían perdido su poder en la religión antigua de Jehova por ser éste una figura personal más al alcance de los hombres, vuelven á cobrar importancia, porque la fe popular no puede pasarse sin la confianza de que un poder superior vela sobre los devotos y los ayuda con su intervención en sus peligros y aflicciones. Como la nueva idea de Dios impedía mezclarle en las cosas de este mundo, el pueblo judío se acostumbró á figurarse á todos los seres sobrenaturales como servidores de Dios, con lo cual siguió por una parte las tradiciones antiguas, sin reñir por otra con la nueva idea de Dios. Este fué el origen de las creencias en los ángeles, después del destierro (2).

El pueblo judío en la época de que se trata, ninguna dificultad tenía en figurarse los ángeles como agentes subordinados á Dios en su gobierno del mundo. En su concepto los ángeles intervenían en el mundo material y aparecían en él, porque á consecuencia de la transformación de la idea de Dios eran mirados como criaturas sobrehumanas, sin ser por esto divinas; pero por otra parte estos seres habían conservado cierto resto de semejanza divina que les atribuía la religión antigua. Por lo demás, nadie se preguntó cómo seres no divinos en relación con el mundo material podían comunicarse con Dios, que estaba tan completamente separado y fuera del mundo, ni cómo quedaba la idea de un Dios único al figurarse estos seres elevados por encima del orden de la humanidad. En el siglo de que hablamos estos seres eran figuras de la religión y de la fe popular y nada tenían que ver con las doctrinas oficiales; por esto no daban lugar á cuestiones de escuela ni á especulaciones profundas; llenaban una

(2) Este es un caso que se observa en la historia de muchas religiones y que explica el papel que hace el culto de los santos y de los ángeles tanto en la religión mahometana como en la católica. En ambas religiones la idea filosófica de Dios en el dogma oficial le aleja de la fe y veneración del pueblo. La comparación del culto de los santos es además interesante porque en él se descubren los restos de cultos antiguos, como se advierten también en la creencia de los ángeles de la comunidad judía. El culto de los santos, tanto en el mahometismo como en el catolicismo, se explicaría según una ley que hemos indicado en la primera parte, pero esta ley no basta á explicar el hecho de que el culto de santos y ángeles haya podido adquirir tanta fuerza, que haya acabado por ser todo el culto del pueblo bajo, tanto que el mahometismo lo tiene que tolerar, y el dogma oficial del catolicismo ha tenido hasta que admitirlo. A ser otra la idea de Dios, este culto se habría extinguido.

necesidad del pueblo devoto y contemplativo, sin ocupar un lugar en la religión oficial, cuya base era el código sacerdotal. Este código traza una línea divisoria muy precisa entre Dios é Israel; no conoce entre ambos más mediadores que los sacerdotes; admite á la verdad fuera de Dios seres sobrehumanos, pero estos son únicamente los géneos del desierto, uno de los cuales es Azazel, á quien presenta en cierta manera contra Dios. Esto admitiendo que el ritual de la reconciliación sea debido al citado código, pero aun así, el sistema del código no admite seres intermedios entre Dios y el hombre. Mas adelante se introduce esta creencia en la devoción oficial, y los salmos la introdujeron en el culto del templo. Acaso por las razones dichas los saduceos la rechazaron más adelante.

Con el desarrollo de la creencia en los ángeles se elevaron también á este nivel aquellos seres espirituales en cuya existencia y actividad los judíos iban creyendo á pesar de la transformación de la idea de Dios. Cesaron aquellos seres de ser divinos, ni podían ser considerados ya como neutrales ni mucho menos opuestos á Jehova, y por esta razón se los consideró como órganos por medio de los cuales Jehova dirigía el mundo y protegía á sus devotos. En las apariciones de ángeles, por medio de los cuales Dios intervino según la religión antigua en la vida de sus devotos, no se reconoce ya á Jehova individualmente, pues que causan la impresión de entidades independientes de Dios cuya voluntad anuncian y ejecutan en este mundo y le rodean en su morada. Lo mismo puede decirse de los espíritus que salen de Dios y que se apoderan del hombre cuando no son «el espíritu de Dios.» Pertenecen todos á las personificaciones de los fenómenos de la naturaleza, entre las cuales figuró el antiguo Dios de la tempestad Jehova. De esta manera y á consecuencia de la nueva idea de Dios se constituyó una nueva mitología. La creencia de los judíos en ángeles y demonios se formó de diferentes restos de un estado religioso antiguo; restos que con la transformación de la idea de Dios cobraron nueva vida y vigor y al propio tiempo una significación que antes no tuvieron.

No es una mera casualidad que en el siglo anterior á Alejandro todos estos seres fueran comprendidos bajo el nombre genérico de ángeles; porque este nombre expresa cabalmente su significación religiosa, que estriba en la relación que tienen con el hombre; cada uno de ellos, como mensajero solícito de Dios, es un «ángel de Jehova,» y por esto se les aplica á todos estos seres el antiguo nombre de ángel.

Las ideas sobre los ángeles se desarrollaron después del destierro paulatinamente, sin que pueda decirse precisamente cuáles eran antes de la época griega; lo cierto es que sus orígenes son anteriores al destierro, conforme lo prueba ya el hecho de haberse formado esta idea simultáneamente con la transformación de la antigua idea de Dios, cuyos primeros indicios hay que buscar también en el tiempo anterior al destierro, ora provengan del contacto con las ideas asiro-babilónicas, ora hayan recibido forma definitiva en el destierro.

En este punto es también Ezequiel el puente entre las ideas anteriores y las posteriores al destierro. Verdad es que Dios habla todavía directamente con Ezequiel, como habló con los profetas antiguos, y Ezequiel mismo no se cansa de marcar este origen á sus profecías; pero no sucede así con sus visiones, en las cuales se le aparece Dios visiblemente. Cuando le llamó junto al río Kebar se ofrece á su vista en forma de hombre sentado en el carro maravilloso; su mitad superior brilla como el oro y la inferior resplandece como fuego. En idéntica forma volvió á ver Ezequiel á Jehova en Tel-Abib cuando le anunció que se le haría imposible continuar sus predicaciones en público (Ezeq., 3, 22 y sig.). Lo

mismo sucedió en dos otras visiones en las cuales se vio transportado á Jerusalem.

En estas ocasiones habló Dios directamente con Ezequiel y le dió órdenes, y en la fantasía del profeta la revelación recibida tomó hasta la forma de un rollo escrito que Dios le dió con su mano á comer (Ezequiel, 2, 8, etc.). El profeta habla igualmente con Jehova en el capítulo 4, 14, etc., y trata de moderar el rigor de sus mandatos. Cuando Ezequiel cae en éxtasis lo expresa diciendo que el espíritu de Dios se ha apoderado de él, ó que la mano de Dios le ha cogido (cap. 11, 5; cap. 3, 22, 37, 1. cap. 40, 1, etc.). En este último capítulo se siente Ezequiel cogido por la mano de Dios y llevado desde Babilonia al monte Sion. Todo esto no traspasa el límite de la religión antigua; y si representa la nube de tempestad con el templo celestial, y sobre todo los querubines, tan fantásticamente que es difícil formar idea de lo que vio Ezequiel (1), esto no pasa de ser una diferencia mayor ó menor de las profecías antiguas, siendo de poca importancia cuánto de esta diferencia hay que atribuir á la fantasía del profeta y cuánto á la influencia babilónica (2). Las discrepancias de Ezequiel respecto de la idea antigua son importantes porque demuestran el dominio de esta idea; pero al mismo tiempo se nota en Ezequiel la tendencia á no hacer intervenir á Dios personalmente en el mundo material. El profeta no tiene reparo en que Dios hable; pero fuera del pasaje mencionado, siempre pone en sus visiones entre Dios y el mundo un sér angélico que ejecuta las órdenes de Dios, ó bien un espíritu, que representa una potencia de Dios, que penetra en el hombre y le comunica la capacidad para ejecutar ciertas obras. En la visión en que se anuncia al profeta la destrucción de Jerusalem aparecen al lado de Jehova siete ángeles (3) que quizás figuran recién venidos con él de la montaña de Dios. Seis de estos ángeles acuchillan de orden de Dios á los pecadores de Jerusalem, excepto aquellos cuya morada ha señalado con una cruz un hombre vestido de lienzo blanco con recado de escribir en el cinturón. Muertos los pecadores, este hombre va á buscar en el altar del vehículo celeste, ascuas con las cuales incendia la ciudad (capítulo 10, 2, 6, etc.). En la visión, sin embargo, en que se revela á Ezequiel la forma del nuevo templo, aparece solo un ángel. Después de haber sido trasladado Ezequiel por Dios á la montaña sagrada se le presenta el citado ángel en la puerta del Este con una caña de medir y una cuerda de lienzo en la mano (capítulo 40, 3, etc.), le hace pasar por el templo, le enseña y le explica todas sus disposiciones y á su vista lo mide todo. Estos ángeles recuerdan por su aparición y por su obra á los serafines de Isafas (Isaías, cap. 6), y al mismo tiempo al antiguo ángel de Jehova, en cuanto tiene forma de hombre y en cuanto los seis anteriores acuchillan á los pecadores de Jerusalem no marcados con la cruz, á manera del ángel exterminador de Jehova en la religión antigua. El séptimo recuerda los serafines en cuanto

(1) Véase en el libro del profeta la visión de que se trata.

(2) A esta influencia podrá ser debido que Ezequiel dió á sus querubines cuatro caras, á saber: la de hombre, de león, de toro y de águila, porque figuras semejantes encontramos en esculturas asiro-babilónicas como también dragones, toros alados con caras de persona, y la figura de un hombre alado con cara de águila. La de león parece haber sido usada también mitológicamente.

(3) No se puede determinar si en estos siete ángeles se debe ver la influencia de la idea babilónica de los siete espíritus. El hecho de que estos espíritus aparecen como portadores de los tronos de los dioses, mientras que los ángeles de Ezequiel nos recuerdan á los serafines, no prueba lo contrario, pues que Ezequiel aplica á los querubines un rasgo particular de los serafines, añadiendo á las dos alas que han de tener, según la idea antigua, dos alas más, para cubrir con ellas su cuerpo. Isaías, cap. 6.

parándose de todo lo pagano y practicando fielmente el culto, es decir, el deber de mostrarse pueblo propio de un Dios santo. Solo en segundo lugar el adorador de este dios santo arreglaba su conducta moral cuando quería gozar de la protección de Dios. Sin embargo, esta última serie de ideas fué cobrando gradualmente mayor fuerza en la vida religiosa interior, apoyada por la literatura profética.

Siendo imposible fijar la edad de los salmos (salmos 5, 5, 15, 1, etc.), como tampoco los trozos de la literatura profética reproductora (Isaías, 33, 14, etc.), quedamos completamente á oscuras sobre el tiempo en que se desarrollaron estas ideas que pertenecen á las que condujeron del judaísmo al cristianismo. Es posible que esta clase de ideas se manifestara con alguna fuerza solo despues de la época de que aquí se trata (Zac., cap. 13). Jamás ha llegado el judaísmo á tener una idea determinada y fija de la santidad de Dios, lo cual constituye uno de sus defectos religiosos, y de esto volveremos á hablar cuando exponamos las ideas judaicas acerca del pecado.

2. El mundo y la naturaleza. El hombre como individuo de la creación.

De la nueva idea de Dios se desprende naturalmente que la idea del mundo en la comunidad judía era también completamente diferente de la que tenía el antiguo pueblo de Israel. Los antiguos israelitas se figuraban á Jehova como una fuerza comprendida en el mundo y enlazada con manifestaciones de la naturaleza. Esta creencia fué modificándose despues, y en el siglo anterior á la época griega la idea de Dios en el pueblo judío, comparada con la idea antigua, era lo que es el espíritu á la materia, el creador á la cosa creada. El mundo no había existido siempre, como el pueblo de Israel se lo debió de figurar antiguamente bajo los conceptos de cielo y tierra. Para la comunidad judía mas moderna había tenido principio por un acto de la voluntad de Dios, y este Dios había existido siempre y creado el mundo de la nada (1). Dios es para esta época la última razón de todo lo que existe. El es la razón del mundo y de la vida de este mundo, y todas las manifestaciones de esta vida, todas las fuerzas que funcionan en ella y en el mundo y todo lo que en él existe es debido al impulso de Dios. La comunidad que comprendía ya á Dios como un espíritu superior á cuanto perciben los sentidos, concebía de consiguiente toda la naturaleza como cosa temporal, creada y pasajera, que debía su vida al espíritu y á la voluntad de Dios. La naturaleza era en esta época, respecto de Dios, como lo mudable y pasajero respecto de lo permanente y eterno.

Consecuencia de estos conceptos, era que los judíos se figuraban al hombre, como todo lo demás que vive en la tierra, una débil criatura de Dios, que existe y se conserva solo por la fuerza vital que Dios le comunica, y por lo mismo fenecer cuando Dios le retira la fuerza vital de que le ha dotado. De este modo el hombre, tanto en la vida como en la muerte, está en la mano de Dios. Deut., 32, 39. Job, 12, 10. 33, 34, 4. 34, 14, f. salmo 104, 29.

El pensador consecuente en aquella época llegó á figurarse como un acto de la creación de Dios hasta la concepción y gestación del hombre. Job, 10, 11: «¿No me fundiste como leche, y como queso me cuajaste? Me vestiste de piel y carne y cubristeme de huesos y nervios.» Salmo 139, 13. «Porque tú me pusiste mis riñones y me cubriste en el vientre de mi madre.»

(1) Los judíos de la época de que tratamos hablaron tan poco de la existencia de Dios antes de la creación como de la creación hecha de la nada.

En estos conceptos se ve la diferencia entre el sentimiento religioso de los judíos de la época que ahora nos ocupa y el de los antiguos israelitas. El antiguo israelita, al meditar sobre el sitio que el hombre ocupa en la naturaleza, comprendió que era un sér mortal, pero que moría porque la muerte era una ley de la naturaleza, y por esto no le gustaba pensar en la muerte. Al judío mas moderno llevaba la meditación sobre la vida y la muerte á la confianza humilde en su Dios, delante del cual el hombre es un puñado de polvo, pero que debe su vida como todas las criaturas á Dios, en cuya mano está también la muerte y de cuya omnisciencia y omnipotencia depende fijar la hora de morir.

En el siglo que precedió á la época griega no se hizo ninguna tentativa para rasgar el velo que cubre el estado del hombre despues de la muerte; el mundo inferior y su situación triste habían conservado todos sus horrores, los cuales debían aumentarse por la contemplación devota. En efecto, en aquella época se apreciaban ya mucho mas que antes los bienes religiosos que el hombre poseía y que perdía al bajar al mundo inferior, cuyas puertas le separaban, segun los conceptos de entonces, no solamente de todos los bienes terrenales sino también de Dios y de los consuelos de la comunidad religiosa; pues en el mundo inferior nadie se acordaba de Dios.

Tampoco habían cambiado los conceptos antiguos de la composición del hombre de cuerpo y alma, de la unión de la sangre del corazón y del alma, conceptos que no contradecían el hecho de derivarse la fuerza vital del espíritu de Dios.

En la época citada mas moderna comprendía el judío la conexión entre la tierra y el cielo con el sol, la luna y las estrellas como un conjunto de creación que nosotros llamamos universo, pero para lo cual los judíos en aquella época no tenían todavía palabra expresa, y lo llaman «cielo y tierra» ó «tierra y cielo». Con esta frase designaba el poeta el universo cuando decía que proclamaba de noche y de día la sabiduría y el poder de su creador y mantenedor. Ya hemos dicho que la permanencia en el destierro ejerció una grande influencia en la formación de este concepto. El destierro no ensancho, sin embargo, los conocimientos de los judíos sobre los diversos países de la tierra. Estos conocimientos no llegaban mucho mas allá del Mediterráneo, al Oeste hasta Tartesio, al Este hasta el Indo, al Norte hasta los países de los jonios, georgianos de hoy, y de los tibarenos, en la costa meridional del mar Negro, y al Sur hasta la Nubia.

3. La actividad de Jehova en el mundo. Los ángeles. Satanás.

En la época de que hablamos no solamente no había cambiado, sino que mas bien había adquirido mayor fuerza la antigua idea de que Jehova intervenía siempre, cuando y donde quería en la marcha del mundo y de la naturaleza, y hasta que se podía conocer su actividad principalmente en la interrupción del curso normal de los sucesos, en sucesos inesperados cuando no imposibles, es decir, en los milagros. En todo tiempo los judíos han sido una raza aficionada á buscar indicios ó signos sobrenaturales.

Cierto es que al lado de este concepto antiguo se introdujeron conceptos nuevos de la actividad de Dios en el mundo, pues los judíos habían aprendido á ver en la conservación del mundo una obra de Dios, es decir, que veían la actividad constante de Dios en la regularidad de los fenómenos de la naturaleza, en la sucesión de los días y las noches, en la salida y puesta del sol, de la luna y de las estrellas, en la lluvia y el buen tiempo, en la tempestad y los terremotos. Para

la contemplación devota todos estos fenómenos eran pruebas de la omnipotencia y omnisciencia de Dios, fenómenos que daban y robustecían la confianza de hallarse siempre bajo la mano de Dios, único auxilio verdadero. En esta misma época no existía todavía ni remotamente el pensamiento de leyes de la naturaleza, y hasta la idea de que estos fenómenos estuvieran arreglados definitivamente y para siempre por Dios al crear el mundo no existía todavía y apareció solo posteriormente.

No existiendo todavía la idea de que hubiera leyes que rigieran los fenómenos de la naturaleza, nació lógicamente la creencia de que Dios podía arreglar la naturaleza de otra manera siempre que así le pluguere; y cuanto mas poderoso se figuraban los judíos á Dios, tanto mas creían que podía efectuar sus milagros. Este modo de pensar se ve claramente en la creencia de los señales que han de aparecer en el cielo y en la tierra al acercarse el juicio de Jehova. (Isaías, 24, 19 etc., Joel, 3, 3, etc., Zacarías, 14, 4 hasta 7.) También confirman la existencia de este modo de pensar las aventuras milagrosas de Jonás. Esto se comprende tratándose de tiempos en que por lo general el poder era sinónimo de arbitrariedad. El devoto veía en los sucesos de su vida la mano del Dios todopoderoso que le recompensaba por su devoción con dones y bienes de fortuna, así como con su auxilio inesperado en la necesidad, mientras que avisaba y castigaba al pecador enviándole desgracias. En aquella época era todavía un axioma que Dios no daba la lluvia ni el sol por igual á los justos y á los pecadores. Se habría tenido entonces por cosa corriente que el campo de cebada del devoto recibiese sol y lluvia cuando los necesitara, mientras el campo inmediato del pecador se hubiese secado ó el granizo hubiese echado á perder la cosecha. Se creía entonces que Dios hacía servir toda su omnipotencia á sus propósitos religiosos y á favor de sus creyentes y devotos.

Así es que la intervención de Jehova, tratándose particularmente de la dirección de la comunidad, adquirió mas que nunca el carácter de maravillosa; y como en la generación existente se sentía con tanta frecuencia como dolor la falta del auxilio milagroso de Dios prometido á sus devotos, se supuso, como hemos visto, que la historia de los antepasados había sido una serie no interrumpida de intervenciones directas de Jehova, que arregló las cosas y su marcha natural de manera que contribuyesen al mantenimiento de su pueblo de Israel. De ahí que la poesía sagrada refiera con particular fruición los milagros que efectuó Dios al sacar á su pueblo de Egipto, durante su marcha por el desierto y en la conquista de la tierra de promisión; y de ahí el carácter de la historia como lo presentan las *Crónicas*. En ellas vemos que Dios envía dichas y desgracias de la manera mas maravillosa al reino de Judá y á sus reyes, segun su devoción ó sus vicios. «Porque los ojos de Jehova contemplan toda la tierra, para fortalecer á los que tienen corazón perfecto para con él.» A mayor abundamiento se adorna la historia con milagros nuevos que los textos antiguos no conocieron, si bien estos milagros son referidos en el lenguaje antiguo; así, por ejemplo, responde Dios á la oración y consagración pronunciada por David ante el altar levantado en la era del jebuseo Ornan, como respondió á la oración de Salomón, enviando fuego del cielo para encender el primer sacrificio (1. *Crónicas*, 21, 26, 2. *Crón.*, 7, 1). Lo mismo refiere la leyenda antigua del sacrificio de Elías en el monte Carmelo (1. Reyes, 18, 24), y también Dios intervino en la batalla entre Abías y Jeroboam al oír el clamoreo de Judá, venciendo el poder superior de Jeroboam, que ya tenía rodeado á Abías. 2. *Crón.*, 13, 15 y 16.

Se ve, pues, que en las *Crónicas* la historia ha perdido su

carácter natural que tenía en los libros históricos antiguos. Ya no se trata en este libro de los destinos de dos Estados israelitas que en sus luchas mútuas y con otros pueblos sufren multitud de funestas vicisitudes, sino de la dirección divina del reino de Judá, que tiene la misión de representar el reino de Jehova, en el cual se cumple exactamente su culto. Las *Crónicas* presentan este reino mas como Iglesia que como Estado político; y mientras en la antigua historia todo pasa naturalmente, en la historia de las *Crónicas* interviene Dios de la manera mas singular. En efecto, Asa con el auxilio divino derrota á miles de millares de etíopes, de manera que este Asa ni siquiera tiene que desvenanar la espada (2. *Crónicas*, 14). Mas adelante Dios, respondiendo á los cánticos de salmos de los levitas de Josafat, hace que los amonitas, edomitas y moabitas se degüellen mútuamente, de suerte que Josafat y los suyos no tienen que hacer mas que repararse el botín (2. *Crón.*, 20). Uzías se vuelve leproso en el momento que ofrece un sacrificio de perfume prohibido. Las *Crónicas* atribuyen también á Dios una coincidencia singular de circunstancias, como cuando Ocozías va á visitar á Joram de Israel en Jezrael justamente al tiempo de estallar el levantamiento de Jehú, en cuya sublevación encontró la muerte, 2. *Crón.*, 22, 7; y cuando Amasías rompe neciamente la paz, 2. *Crón.*, 25, 20.

Parece que en aquella época la invención de leyendas se aprovechó de los recuerdos históricos antiguos para adornarlos con milagros. Las peripecias maravillosas de Manasés que refieren las *Crónicas* en el lib. 2, cap. 33, están tomadas de una relación mas antigua. Desgraciadamente, en vista de la inseguridad que hay para fijar el tiempo en que fueron escritas las obras del Antiguo Testamento, no puede determinarse hasta qué punto en la época de que tratamos modificaron los judíos las leyendas de los profetas tales como las encontramos en los trozos mas modernos del Libro de los Reyes y en el Libro de Jonás; pero las vicisitudes maravillosas de Jonás tienen todo el sabor de la época que nos ocupa; si bien desde mucho antes de haber sido escrito el libro se habían transmitido verbalmente estos sucesos, pues la relación tal como la poseemos hoy y que indudablemente es de origen relativamente moderno contiene rasgos muy antiguos.

En la época citada moderna se presentan muy modificadas las ideas relativas á la forma de la intervención de Dios en el curso de los sucesos. Para los israelitas antiguos, Jehova dió á conocer su voluntad en las formas diversas de señales y oráculos, ya sacerdotales, ya proféticos; Dios hablaba por boca de sus profetas y hasta se presentaba él mismo en la tierra; pero en el siglo de que ahora hablamos el pueblo judío no necesitaba oráculos, ni sacerdotales ni proféticos, porque poseía la ley. La profecía, que encontramos ya lastimosamente degenerada en la historia de Nehemías, parece haber muerto por efecto del menosprecio general. Habrá sido practicada todavía por tal ó cual individuo como industria, pero al principio de la época griega la opinión corriente respecto del título de profeta, como resto degenerado de tiempos pasados para siempre, se muestra claramente en las expresiones de Zac., 13, 2 hasta 6, donde se ponen estas profecías al nivel de la idolatría y como revelaciones del espíritu impuro y no como inspiraciones de Jehova; pues en esta última época el espíritu de Dios no habla sino en las Sagradas Escrituras. Así es que en escritos posteriores se dice simplemente que la profecía ha muerto y que Dios no enviaba ya profetas. Por otra parte, la posesión de la ley hizo que se renunciara al restablecimiento de los oráculos sacerdotales.

En esta última época existía la convicción de que Dios en los tiempos pasados había dirigido los destinos de su pueblo por medio de sacerdotes y profetas y se suponía, como he-